

rancia y la timidez de los Borbones de España. Napoleón quiso que marcharan en plena seguridad en cuanto fuera posible, con todos los honores correspondientes, y esto no era fácil en medio de seiscientos mil hombres, de tres mil bocas de fuego, y de veinte mil carros de guerra, que iban á circular durante quince días á algunas leguas unos de otros. Decidió que, partiendo el 7 de octubre con lo que llamaba el pequeño cuartel general, esto es, con Berthier, con sus ayudantes de campo, con uno ó dos secretarios y con algunos criados, el gran cuartel general, compuesto de administraciones del ejército y de la cancillería de Mr. de Basano, con los parques generales y con la escolta de cuatro mil hombres, se pusiera en marcha al día siguiente 8 de octubre. Protegido el rey de Sajonia por una división de la guardia, se le debía unir con sus numerosos carruajes. Mr. de Basano, acostumbrado á la vida de los campamentos, y habiendo aprendido de su soberano á no temer nada, tuvo el encargo de seguir al rey de Sajonia para acompañarle, y tenerle al corriente de las noticias, y pintárselo todo de color de rosa, sucediera lo que sucediere. De continuo debía ir un oficial de la vieja guardia al estribo de su coche, para enterarse de sus menores deseos y satisfacerlos al punto.

De esta suerte y por entre los embarazos de los ejércitos más numerosos que se han visto nunca, embarazos entre los cuales no era él el menor, iba el excelente rey de Sajonia á viajar á jornadas cortas, oyendo misa todas las mañanas, viviendo en suma como en Dresde, detrás de su terrible aliado, que marchaba de día y de noche, comía de prisa y dormía poco, y trabajaba casi sin interrupción alguna, aun cuando hubiera echado ya el vientre de uno de aquellos príncipes enervados de las viejas dinastías. Pero un alma de hierro, un genio portentoso y un orgullo satánico animaban aquel cuerpo ya doliente y pesado y le movían como el de un joven.

Habiendo hecho partir el 6 de octubre á una parte de sus tropas, y el 7 á la otra parte, se puso personalmente en marcha la tarde de este día, y después de detenerse en Meissen algunas horas, avanzó hasta Seerhausen sobre el camino de Wurtzen. Su larga experiencia de la guerra le había enseñado que á media noche ó á la una de la madrugada llegaban las noticias más importantes, porque los generales, situados á diez ó quince leguas, comunicaban á la caída de la tarde lo acontecido durante el día por conducto de oficiales que en cinco ó en seis horas hacían la travesía á caballo, lo cual proporcionaba el conocimiento de los sucesos á media noche, y á veces á la una de la madrugada. Despachando al punto la respuesta, llegaban al día siguiente por la mañana las órdenes indispensables, todavía á tiempo de ser ejecutadas, y de esta suerte, cuerpos situados á gran distancia obraban bajo la inspiración de Napoleón, como si estuvieran á su lado. De este modo, la noche, indispensable para el descanso de las tropas, bastaba para pedir instrucciones y obtenerlas. Pero esta prodigiosa máquina no podía recibir impulso más que á condición de que el genio, motor principal, estuviera siempre de pie y despierto, al menos en el momento esencial para el despacho de las órdenes. De consiguiente, y con especialidad desde esta última campaña, se acostaba Napoleón á las seis ó las siete de la tarde,

se levantaba á media noche y dictaba su correspondencia hasta la mañana. Con efecto, este era el caso de velar de continuo, teniendo que mover inmensas masas en medio de otras masas inmensas, y que moverlas con exactitud rigurosa. Llegado Napoleón á Seerhausen, leyó algunas cartas, despachó algunas respuestas, tomó en seguida algún descanso, y volvió á partir durante la noche para Wurtzen, adonde llegó el 8, bastante temprano, para dictar sus órdenes.

Allí estaba sobre el Mulda, casi á la altura de Leipsick, sobre el Pleisse, y en proporción de dirigirse á Leipsick ó á Duben en el mismo espacio de tiempo. Su proyecto, al salir de Dresde, fué aplazar hasta Wurtzen sus resoluciones definitivas. Desde allí debía examinarse á Leipsick sin demora, si empujado Murat vivamente no se podía mantener firme contra el ejército de Bohemia, ó bajar el Mulda hasta Duben, si Murat tenía medios de sostenerse aún algunos días, y desembarazarse de los ejércitos de Silesia y del Norte, lanzándolos más allá del Elba. También debía dar al mariscal Saint-Cyr la señal esperada para la evacuación de Dresde.

Durante todo el camino recibió noticias, ya de los desemboques de la Bohemia, esto es, de su izquierda, desde que daba la espalda á Dresde y el frente á Leipsick, ya del Elba, ya del Mulda inferior, esto es, de su derecha. Todas concordaban en presentar el peligro como más inminente hacia este lado, porque Blücher y Bernadotte juntos estaban próximos á caer sobre Ney, al par que Murat, aun viendo desembocar distintamente de Commotau sobre Chemnitz, y de Zwickau sobre Altenburgo, dos fuertes columnas, no se hallaba estrechado bastante de cerca para que pudiera inspirar temores. Además, una fatal desavenencia sobrevenida entre Ney y Marmont añadía una razón harto urgente para ir adonde se hallaban estos dos caudillos. Véase lo que había pasado. Habiendo retrocedido Ney hasta Duben después del combate de Wartemburgo, é instado á Marmont para que acudiera en su socorro, lo cual acababa éste de poner por obra, trasladándose á Eylenburgo, de pronto abandonó su posición y pasó por detrás de Marmont, para acercarse más al Elba en la dirección de Torgau.

Así Marmont, en vez de servir de punto de apoyo, se hallaba á la cabeza y bastante comprometido, y además, por consecuencia del movimiento á que se le había instado, quedaba Leipsick expuesto á las empresas de Bernadotte y de Blücher. El motivo que había impulsado á Ney á este movimiento inexplicable, no era otro que el deseo de atraer el tercer cuerpo de Souham á su lado. No creyéndose capaz de ejecutar gran cosa con los cuerpos 4.º y 8.º de Bertrand y de Reynier, quiso recoger personalmente y lo más pronto posible el tercer cuerpo, que por largo tiempo había mandado, y en el cual tenía gran confianza. No sabiendo qué pensar Marmont de la conducta de Ney y temiendo por Leipsick, retrogradó á su turno á Taucha.

De consiguiente, para lanzarse á la derecha sobre el Mulda, había el doble motivo de atacar á Bernadotte y á Blücher, ya que había tiempo, y de concordar á lugartenientes desavenidos. Al momento abrazó Napoleón su partido, resolviendo marchar de Wurtzen á Eylenburgo, esto es, bajar con los setenta y cinco mil hombres

que llevaba el Mulda, empujando á Ney y á Marmont hacia adelante. Así, caminando entre el Elba y el Mulda tan lejos como fuera necesario, esperaba ganar en celeridad á Bernadotte y á Blücher, y encontrarlos antes de que pudieran volver á pasar el Elba. Habiéndolos visto siempre alejarse tan luego como asomaba, su zozobra no consistía en eludirlos, sino en darlos alcance, pues temía que muy pronto tuvieran miedo de lo que habían intentado, y aspiraran á huir á su aproximación como de costumbre. Por desgracia no estaban de tal pensamiento, y muchas ventajas alcanzadas una tras otra sobre sus lugartenientes les habían envalentonado hasta el extremo de temerle mucho menos que antes.

Batidos Blücher y Bernadotte, se proponía Napoleón revolver sobre el príncipe de Schwartzberg, si éste persistía en avanzar con el ejército de Bohemia, ó perseguir á Blücher y á Bernadotte quizá hasta la capital de Prusia, si el príncipe de Schwartzberg se replegaba al saber la noticia de la pérdida de una batalla.

Por tanto, previno al mariscal Ney que siguiera adelante con Reynier, Bertrand, Dombrowski, Souham y la caballería de Sebastiani, 2.º de reserva, agregada á su ejército para reemplazar á la del duque de Padua. Le ordenó que bajara entre el Mulda y el Elba, con la izquierda al primero y con la derecha al segundo, cubriéndose con su caballería para no ser sorprendido, y antes bien para sorprender todos los movimientos del contrario. También dirigió á Marmont hacia adelante, de modo que marchara por la orilla izquierda del Mulda, casi á la altura de Ney, que estaba sobre la orilla derecha, y caminó en persona con toda la guardia, y con Macdonald detrás de sus lugartenientes.

Al mismo tiempo comunicó á Murat lo proyectado contra los dos ejércitos reunidos del Norte y de la Silesia; le recomendó que no se empeñara en ningún lance; que, sin tropezar con el enemigo que desembocara de Bohemia, le siguiera sobre el flanco; que se mantuviera siempre entre él y Leipsick, donde hallaría veinte ó veinticuatro mil hombres de refuerzo, lo cual le proporcionaría más de setenta mil combatientes. Con efecto, Napoleón había situado al duque de Padua en Leipsick con parte del tercer cuerpo de caballería, distraído del ejército de Ney para correr detrás de los partidarios, dándole además los batallones en marcha y procedentes de Maguncia y la antigua división de Margarón. Esta reunión podía formar unos doce mil hombres de tropas activas, y veinticuatro mil con Augereau, que ya estaba cerca. A éstos les previno Napoleón que se mantuvieran en guardia, sobre todo hacia el bajo Mulda, recelando que Bernadotte y Blücher se ocultaran é hicieran contra Leipsick alguna tentativa. Por desgracia, á todas estas instrucciones bien calculadas añadió Napoleón una resolución justificable en el momento, si bien infinitamente sensible, y fué la de suspender la evacuación de Dresde, para la cual se hallaba el mariscal Saint-Cyr ya pronto. No dió contraorden precisa, pero dispuso que se dilatara, por la razón de que, empeñándose el enemigo á fondo, ya por el lado de la Bohemia, ya por el del Mulda y el Elba, la batalla deseadísimamente se haría segura, también la victoria, y entonces tendría á dicha la conservación de Dresde, adonde volvería el cuartel general á muy poco de haber salido. Evidentemente, porque se aproximaba la gran batalla, convenía que re-

concentrase todas sus fuerzas; pero Napoleón razonaba respecto de Dresde como había razonado respecto de Dantzick, de Stettin, de Custrin, de Glogau, con la esperanza temeraria de rehacer de un solo golpe una fortuna comprometida por causas superiores y casi ya insuperables.

Habiendo pasado en Wurtzen la noche del 8 y el día 9, á fin de dar lugar á que entraran en línea sus tropas, salió de allí Napoleón de noche, y llegó á Eylenburgo el día 17 á las cuatro de la mañana. Se puso al frente de la caballería ligera de la guardia, y rodeado de todos sus cuerpos marchó sobre Duben, punto esencial donde debía encontrar al enemigo, y aun quizá la batalla que deseaba con ardimiento. En estos supremos instantes Napoleón se presentaba en medio de sus tropas y frecuentemente á vanguardia. Con cerca de cuarenta mil hombres avanzaba en el orden siguiente: á la cabeza Ney, con lo que le quedaba de la caballería del duque de Padua, 3.º de reserva, y con el cuerpo de Sebastiani, 2.º de reserva, descendía hacia Duben, teniendo á la izquierda á Reynier más allá del Mulda, en el centro á Dombrowski y á Souham junto á este río; á la derecha á Bertrand marchando casi á igual distancia del Mulda y del Elba; Napoleón seguía exactamente en el mismo orden, llevando la caballería de la guardia y de Latour-Maubourg á la cabeza, á Marmont á la izquierda á un lado del Mulda, á la guardia en el centro sobre este mismo río, y á Macdonald á la derecha, entre el Elba y el Mulda. Dos jornadas detrás iba el gran cuartel general con todos los parques, y especialmente con los buenos príncipes sajones, caminando al paso que se acomodaba á sus costumbres. Napoleón les enviaba noticias á cada instante. Jamás se había hecho en guerra alguna marcha más profundamente calculada ni más vasta. Se avanzaba con precaución suma, esperando ver asomar al enemigo de un momento á otro, y deseándolo vivamente. Con efecto, se le descubría en todas direcciones, si bien replegándose, y esta vez pudo asimismo recelar Napoleón ver eludir sus golpes á los coligados, tornando á empezar la táctica de ofensiva contra sus lugartenientes y de retirada ante su persona. Véase, no obstante, lo que acontecía en ellos.

Blücher y el príncipe de Suecia, en una entrevista que tuvieron el 7 de octubre delante de los principales oficiales de los dos estados mayores, convinieron en marchar sobre Leipsick juntos, en la inteligencia de que sólo con los mariscales Ney y Marmont tendrían que venir á las manos. El movimiento de los ejércitos del Norte y de Silesia debía comenzar tan luego como se aseguraran con fuertes cabezas de puente los medios de volver á pasar el Elba, como en el caso en que se vieran obligados á pronunciarse en retirada. Mucho distaban estos dos caudillos de simpatizar uno con otro. El orgullo, la impetuosidad, la desconfianza ofensiva de Blücher habían agradado poco á Bernadotte, y la timidez de Bernadotte, oculta bajo una singular taciturnidad, no había excitado la estimación ni la confianza de Blücher. Apenas disimularon frías contemplaciones su recíproca antipatía, bien que se despedieran prometiéndose un común acuerdo, tanto más indispensable cuanto se hallaban empeñados en las operaciones más peligrosas. Noticias secretas y procedentes del país mismo informaron á Blücher y á Bernadotte el día 9 de



la aproximación de Napoleón con todas sus reservas. Esto bastaba para turbar al futuro rey de Suecia, y para inducirle á la resolución de volver á pasar el Elba. Blücher, que no opinaba de tal modo, envió uno de sus oficiales al campo sueco, á fin de ventilar este nuevo incidente. Bernadotte apresuróse á declarar que se trasladaría detrás del Elba, con el objeto de ahorrarse un desastre, á no ser que el ejército de Silesia se le juntara más allá del Mulda, para reunir en una sola masa los ejércitos de Silesia y del Norte (1).

Juicioso era el dictamen, y el general más adocenado lo concibiera y lo adoptara sin disputa. Así el general Blücher apresuróse á abrazarlo, aun cuando este movimiento tenía la contrariedad de hacerle perder su puente de Wartemburgo. De consiguiente acordóse que en el curso del día 10 el general de York, que formaba la derecha del ejército de Silesia, pasaría el Mulda por Jesnitz; que el general Langerón, que formaba el centro, lo pasaría por Bitterfeld, y por último que el general Sacken, que constituía la izquierda, lo pasaría por Duben. De esta suerte se hallaban todos los cuerpos del ejército de Silesia en movimiento, desfilando por delante de nosotros de nuestra derecha á nuestra izquierda, á lo largo del recodo que de Bitterfeld á Duben traza el Mulda. Para pasar á Jesnitz el cuerpo de York no tenía que dar más que un paso. Sólo necesitaba andar el de Langerón de Duben á Bitterfeld cuatro leguas. Por el contrario Sacken, que se hallaba en Mosekna entre el Mulda y el Elba, tenía que recorrer mucho más camino para llegar á Duben, y sobre todo que maniobrar muy cerca de los franceses, por lo cual su travesía era singularmente peligrosa.

Mientras en el curso del 10 de octubre, á caballo sobre el Mulda, lo descendía el ejército francés hacia Duben, marchando el mariscal Ney á la cabeza, chocó vivamente con el cuerpo de Langerón, que se había

(1) En un atlas formado para la inteligencia de sus campañas, y acompañado de leyendas históricas minuciosas, ha dicho el príncipe de Suecia que el 7 de octubre provocó una entrevista con el general Blücher, y que, al primer aspecto de la distribución de las tropas sobre el mapa, descubrió el peligro en que se encontraba este jefe y le aconsejó que se le juntara pasando el Mulda, consejo que salvara á los coligados. Después de esta publicación Mr. de Muffling en sus interesantes Memorias, selladas con el carácter de la veracidad, por más que respiren las pasiones del tiempo, ha suministrado el medio de completar y de rectificar los asertos del príncipe de Suecia. Al celebrarse la entrevista del 7 de octubre, se ignoraba la aproximación de Napoleón, que sólo el mismo día salió de Dresde, y por consiguiente el peligro de Blücher. No se suscitó la cuestión de trasladarse á Leipsick este día 7 de octubre. Sólo el 9 se supo la llegada de Napoleón con sus reservas, y al instante envió Blücher un oficial de su confianza para ponerse de acuerdo con el príncipe de Suecia. Este oficial halló al príncipe muy alterado de resultas de la aproximación de Napoleón y dispuestísimo á volver á pasar el Elba sin demora, si el ejército de Silesia no se le iba á juntar más allá del Mulda, á fin de guarecerse detrás del Saale en seguida. Blücher consintió en ello, porque no podía haber dos dictámenes sobre este punto, ni aun para un subalterno de buen sentido, y acto continuo se puso en marcha para cruzar el Mulda. No hubo, pues, lugar á cuestión de ninguna clase ni á consejo alguno capaz de salvar á los coligados. Sin duda hubo divergencias á los días siguientes, y en la relación de Mr. de Muffling resulta que los dictámenes decisivos para el triunfo de la coalición no fueron sugeridos por el príncipe de Suecia, y que por el contrario, para conseguir que los adoptara, se necesitaron grandes esfuerzos por parte del general Blücher y del ministro de Inglaterra.

(N. del A.)

quedado atrás para esperar el cuerpo de Sacken y entregarle el puente de Duben. Rechazóle muy impetuoso, y le quitó un parque de treinta carros. Estrechadísimo por las tropas del general Bertrand, que caminaran entre el Mulda y el Elba, se retiró Sacken como pudo, y hallando á Duben ocupado por nuestra vanguardia, operó un gran rodeo para ir á pasar por Raguhn el Mulda.

Llegado Napoleón á Duben á eso de las dos de la tarde, se apresuró á interrogar á los prisioneros cogidos, y supo que tenía á la vista á todo el ejército de Silesia, que había desfilado y seguía desfilando por delante de nosotros, para ganar el Mulda hacia nuestra izquierda. Napoleón resolvió perseguirle sin tardanza y en todas direcciones. Dispuso que el mariscal Ney se trasladara con Souham á Grafenhaynschen, camino de Dessau, tres leguas sobre la izquierda, que los generales Dombrowski y Reynier se encaminaran á la derecha sobre Wittemberg á orillas del Elba; que el general Bertrand, con su 4.º cuerpo y la caballería de Sebastiani, se dirigiera sobre Wartemburgo, también á orillas del Elba, para destruir allí los puentes del enemigo; y por último, que Macdonald fuera en apoyo de Bertrand. Todos debían arrollar á los cuerpos de Blücher, que, sorprendidos en la marcha, no podían oponer resistencia, y quitarles dondequiera los medios de pasar el Mulda y el Elba, á fin de apropiárnoslos exclusivamente. Napoleón se quedó en Duben con la guardia, con la caballería de Latour-Maubourg y con el cuerpo del mariscal Marmont, para combinar allí sus movimientos ulteriores.

Al ver la manera con que se presentaban las cosas, le desvelaba sobremanera un cuidado. Sabía que el ejército del Norte estaba sobre su izquierda detrás del bajo Mulda, ocupando los puentes de este río y los del Elba más abajo de la confluencia de ambos, y teniendo por consiguiente suma facilidad de volver á pasar el Elba y de substraerse á nuestra persecución. Sabía que el ejército de Silesia, después de cruzar el Elba sobre nuestra derecha por Wartemburgo, acababa de desfilarse á lo largo de nuestro frente para cruzar el Mulda sobre nuestra izquierda y juntarse al ejército del Norte. No había gran inverosimilitud en suponer que iban á comenzar de nuevo aquella táctica evasiva, que tanto nos había agotado de fuerzas, y á pasar otra vez, cuando nos acercáramos hacia Acken ó Roslau, el Elba. Para Napoleón, que tenía necesidad de una batalla decisiva y que á cada paso sembraba el camino de jóvenes enfermos ó despedados, fuera ésta una verdadera desdicha. De recelar era asimismo que, después de operar inútilmente una larga travesía para dar alcance á los ejércitos de Silesia y del Norte, y con el destino de recaer luego sobre el ejército de Bohemia, ya hubiera pasado la coyuntura de alcanzarle. Su marcha sobre nuestras espaldas anunciaba sin duda proyectos más atrevidos que de costumbre, pero también podía significar el deseo de no combatir más que cuando los tres ejércitos se hallaran confundidos en uno solo. Ahora bien, por darles el valor de esperarnos, no podía, sin embargo, Napoleón dejarles la ventaja de reunirse, pues los colocara respecto de nosotros en la proporción de dos contra uno, superioridad numérica hartamente peligrosa para exponerse á ella; y con todo, mientras persistiera en interponerse

entre las dos masas enemigas, una bajando y otra subiéndolo el Mulda, lo presumible parecía que, amenazada individualmente cada una de ellas, procurara ocultarse á la vista.

En esta perplejidad, no queriendo permitir que se juntaran una á otra, y obligado á elegir la primera contra quien había de venir á las manos, abrazó el partido de caer á todo trance sobre la masa formada por los dos ejércitos de Silesia y del Norte, y para alcanzarlos, sin perder el medio de retornar más tarde sobre el ejército de Bohemia, imaginó de pronto uno de los proyectos más atrevidos y más sabios que haya concebido jamás capitán alguno y que recibía una grandeza inaudita de la proporción de las fuerzas con que iba á intentarlo (1).

Napoleón determinó perseguir sin tregua á los ejércitos de Silesia y del Norte, pasar detrás de ellos el Mulda y el Elba, destruir todos los puentes, excepto los que estaban en nuestras manos, esforzarse así por poner á estos dos ejércitos en completa derrota, y como durante este espacio de tiempo, continuando el descenso del Mulda, habría empujado el príncipe de Schwartzberg á Murat sobre Leipsick con viveza, y aun quizá más abajo, para entonces tenía decidido remontar el Elba en persona, sin abandonar la orilla derecha, remontarlo hasta Torgau ó hasta Dresde, volverlo á pasar por uno de estos dos puntos, y caer sobre el ejército de Bohemia, separado de las montañas y cogido de este modo en un verdadero callejón sin salida, entre el Mulda y el Elba, cuyos puentes serían nuestros. Indudablemente se necesitaba mucha fortuna, suma precisión de movimiento y muy excelentes instrucciones para que esta combinación se lograra, por ser tan vasta como complicada; pero podía acontecer que, después de proporcionar á Napoleón el medio de batir á los ejércitos de Silesia y del Norte, le facilitara también el de coger en un mal paso y destruir completamente al ejército de Bohemia. Prodigiosos resultados eran éstos, seguros con los soldados y los generales de Austerlitz y de Friedland, dudosos ahora, si bien posibles todavía, aun con soldados jóvenes y con generales desconcertados.

Inmediatamente expidió Napoleón sus órdenes al efecto, y escribiólas en cifra, recomendando á todos que fueran depositarios de su secreto, y lo guardaran cuidadosamente, porque, según su dicho, sería durante tres días el secreto del ejército y la salvación del imperio. Prescribió á Murat que obrara con prudencia suma; que contuviera y atrajera al enemigo á un mismo tiempo; que se replegara sobre Leipsick, donde encontraría al duque de Padua y verosimilmente á Augereau; que se mantuviera allí lo más posible, pues había un interés político al par que moral y militar en conservar la ciudad aquélla, si bien antes de exponerse á una desigual lucha debía retroceder sobre Torgau ó Wittemberg, donde hallaría asilo detrás del Elba, mientras tornando á pasar Napoleón este río por Torgau ó Dresde, fuera

(1) Mucho se ha hablado de este proyecto sin conocerlo, y casi se ha ridiculizado á fuerza de las suposiciones aventuradísimas que se han hecho, por no estar al corriente del verdadero pensamiento de Napoleón. Gracias á su correspondencia, cotejada con la de los generales que militaban á sus órdenes, podemos fijar su pensamiento verdadero, día por día, hora por hora, y se verá que en vísperas de la mayor desventura, y aun añadiremos que la más motivada por sus faltas políticas, su genio militar se desplegó con más empuje y grandeza que nunca.

(N. del A.)

á caer como el rayo sobre el ejército de Bohemia, condenado á perecer en el lazo á que se dejara arrastrar de este modo. Napoleón mandó al duque de Padua que reuniera cuanto hubiera en Leipsick de víveres, de municiones, de vestuario, de zapatos y, por último, de material precioso; que formara con todo un vasto convoy, y que lo dirigiera por el camino de Torgau, donde el general Lefebvre-Desnoettes iría á recogerlo mediante un movimiento retrógrado para escoltarlo hasta Torgau mismo. De esta suerte, si había necesidad de abandonar á Leipsick, no se perdería allí nada. Además previno Napoleón al duque de Padua que escribiera á Erfurt y á Maguncia que se estaba en plena maniobra, que los movimientos iban á ser muy complicados, que por tanto no había que alarmarse aun cuando se supiese que Leipsick era ocupada por el enemigo, y que semejante suceso podía muy bien efectuarse, bien que por resultado de las combinaciones, que terminarian verosimilmente como la caída de un rayo.

Llegado á Dessau en persecución de Blücher y de Bernadotte, abrigaba Napoleón el proyecto de no permitirse respiro hasta que lograra darlos alcance: sin embargo, si después de batirlos del todo convenía, para seguirlos de nuevo, perder la eventualidad de caer sobre el ejército de Bohemia, se hallaba resuelto á dejarles arrastrar sus reliquias hasta la capital de Prusia, y á remontar personalmente la orilla derecha del Elba para llevar á remate su gran designio, cuyo éxito se haría así muy probable, pues el río, que pondría entre sus tropas y el ejército de Bohemia, cubriría su movimiento, mantendría á este ejército ignorante de lo que se le preparaba, y no le permitiría saberlo hasta que ya no fuera hora de retroceder camino hacia Bohemia.

No obstante, esta combinación profunda tenía un inconveniente, uno sólo, pero grave, el de resolver de una manera definitiva en punto á la evacuación ó conservación de la capital de Sajonia. Con efecto, se hacía necesario conservarla, puesto que, después de pasar el Elba detrás de Blücher y de Bernadotte, fuerza era cruzarlo de nuevo para sorprender al ejército de Bohemia, y en lo posible debía que se necesitara remontarlo hasta Torgau y aun quizá hasta Dresde. Por este motivo ordenó Napoleón al mariscal Saint-Cyr, en contraposición de lo prescrito antes, que se mantuviera definitivamente y se estableciera bien en la capital de Sajonia, y esperara con confianza, pues probablemente muy pronto le vería volver á asomar bajo sus muros, no por la orilla izquierda, sino por la orilla derecha, después de realizados grandes designios, y en pos de designios todavía de mayor bulto. Desgraciadamente, si no se realizaban estos designios, si no se podía prescindir de pelear sobre el terreno á la sazón ocupado, esto es, entre Duben y Leipsick, treinta mil hombres faltarían, capaces de decidir la victoria, al efectivo de nuestras fuerzas, y si después de una batalla indecisa ó perdida, se necesitaba pasar el Saale de nuevo, se agregarían treinta mil hombres á todos los que, encerrados en las plazas del Elba, del Óder y del Vístula, no podrían retornar á Francia, y se verían obligados á capitular sin remedio.

Después de engendrar tan vastas concepciones, determinó Napoleón detenerse en Duben un día, y dos acaso, para saber noticias, ora de Murat, ora de los di-



versos cuerpos enviados en persecución de Blücher y de Bernadotte, porque se trataba de averiguar si debía buscar á los dos ejércitos de Silesia y del Norte detrás del Mulda, pasando este río entre Duben y Dessau, ó bien más allá del Elba, pasando por Wittemberg de una orilla á otra. Hacía un tiempo horrible, se caminaba por entre un espeso lodo, desleído por continuas lluvias, lo cual aumentaba sobremanera las penalidades del soldado, y Napoleón se veía en la precisión de aguardar los reconocimientos practicados sobre un castillejo, rodeado de agua, en medio de bosques ya destrozados por el otoño y por la mala estación. Esta inacción forzada se hacía muy cuesta arriba á su impaciencia, y aunque todavía muy confiado, no dejaba de tener algunos vagos presentimientos que le sumergían á veces en cierta especie de tristeza. No le quedaba otro recurso que platicar con el mariscal Marmont, cuyo espíritu fácil, abierto, culto, le era grato, y con quien tuvo en otro tiempo las relaciones familiares de un general con su ayudante de campo. Toda la noche del 10 al 11 de octubre pasaba en discurrir sobre la situación tan extraordinariamente complicada de los ejércitos beligerantes, entre el Elba, el Mulda y las montañas de Bohemia, y aunque se viera metido en esta situación, no por confusión de las cosas, y aunque supiera reconocerse á maravilla, no se hallaba exento de toda zozobra al verse engolfado en semejante laberinto, y así exclamó repetidas veces: «¡Qué hilo tan enredado este! ¡Yo sólo puedo desenredarlo, y aún no lo conseguiré sin trabajo sumo!» Así pasó aquella noche, hablando de todo, hasta de literatura y de ciencias, dejando al mariscal Marmont rendido de cansancio, y no experimentando ninguno su persona.

Al otro día los partes de los lugartenientes anunciaron los siguientes resultados. Trasladado el general Bertrand con el 4.º cuerpo sobre Wartemburgo, encontró allí la gran cabeza de puente empezada por Blücher, y acometió la empresa de destruirlo, pues estaba acordado no conservar más medio de paso que los de las plazas de Wittemberg y de Torgau, que eran nuestras. De los alrededores de Wittemberg desalojaron los generales Dombrowski y Reynier á las tropas que bloqueaban esta plaza, metiéronse dentro, y desembocando á la orilla derecha del Elba, corrieron sobre los destacamentos prusianos. El mariscal Macdonald fué á situarse en Kemberg, detrás de Wittemberg, para servir á los generales Dombrowski y Reynier de apoyo. Por último, á la izquierda Ney aproximóse á Dessau, y arrolló á todos los destacamentos enemigos sobre la orilla derecha del Mulda. Así los prisioneros cogidos como los movimientos descubiertos eran de índole propia á sumergir á Napoleón en la mayor incertidumbre. Con efecto, en Wartemburgo sobre nuestra derecha, en Wittemberg sobre nuestro frente, en Dessau sobre nuestra izquierda, se vieron no sólo destacamentos, sino cuerpos enteros é inmensos convoyes, de modo que era imposible determinar si, de resultas de aproximarnos, tornaba á pasar el enemigo á la orilla derecha del Elba, ó si se detenía detrás del Mulda, aguardando para darnos batalla á que nos atreviéramos á pasar este río en su presencia. También podía acontecer que los dos ejércitos del Norte y de Silesia reunidos detrás del Mulda remontasen este río para operar en los alrededores de Leipsick su incorporación con el ejército de Bohemia. Este último movi-

miento por su parte nos exponía al gravísimo peligro de tener á la vez á toda la coalición encima. Por tanto, aspirando á abrumar á Blücher y á Bernadotte ante todo, se necesitaba maniobrar de manera de estar siempre entre ellos y el príncipe de Schwartzberg, esto es, entre la masa que remontaba del bajo Elba y la que descendía de Bohemia. Con esta mira Napoleón hizo pasar el puente de Duben al mariscal Marmont, y dándole una fuerte división de caballería, le trasladó á la orilla opuesta del Mulda, hacia Dolitzsch.

Marmont se iba á encontrar detrás de un brazo desprendido del Mulda, que corre de Leipsick á Jesnitz, ya formando balsas de agua, ya deslizándose en hilo delgado, para unirse al brazo principal en Bitterfeld. En esta posición se hallaba Marmont bastante á cubierto: con su caballería ligera lanzada á lo lejos podía explorar los movimientos del enemigo, y si sabía que, remontando detrás del Mulda, se dirigían sobre Leipsick el ejército del Norte ó el de Silesia, le era fácil ir allí en algunas horas y tomarles la delantera. Incorporándose á Murat con veinticinco mil hombres, elevaría á noventa mil el total de sus fuerzas, muy suficientes para dar tiempo á que Napoleón retornara y para mantenerse de continuo entre las dos masas que pretendían abrumarle. Tomada esta precaución tan útil como sabia, Napoleón hizo todo lo necesario para que no se malograra su gran designio si, como esperaba, el movimiento de Blücher y de Bernadotte sobre Leipsick se resentía de una simple quimera. A los generales Dombrowski y Reynier les previno que desembocasen de Wittemberg para correr sobre todos los cuerpos enemigos que encontraran más allá del Elba: que bajaran á lo largo de la orilla derecha para destruir los puentes de Bernadotte en Roslau y Barby, lo cual en cualquier caso venía á ser para los coligados de sumo perjuicio, pues si habían vuelto á pasar á la orilla derecha del Elba para refugiarse hacia la capital de Prusia, se les quitaba todo menos de volver en ayuda del ejército de Bohemia, y si habían permanecido á la orilla izquierda, se les encerraba en un callejón sin salida, donde Napoleón iba á cogerlos ó á destrozarlos. A Ney mandó que se arrojará en Dessau sobre los puentes del Mulda y se apoderara de ellos. Dejó á Macdonald en Kemberg para sostener á Reynier y á Dombrowski en caso necesario, á Bertrand en Wartemburgo para terminar allí la destrucción de la cabeza de puente de Blücher, y, por último, reconcentró en Duben á Latour-Maubourg y á la guardia, prontos á seguir á Ney para caer á la parte de Dessau y más allá del Mulda sobre los ejércitos del Norte ó de Silesia, ó á remontar por detrás hacia donde Marmont se hallaba, si convenía retroceder camino á la parte de Leipsick. Véase en qué perplejidades, en qué cálculos profundos y no interrumpidos pasó el día 11, que muchos críticos le han echado en cara como perdido, ignorando el secreto de sus ideas.

Según su costumbre, se levantó el 12 entre media noche y la una de la madrugada, y se apresuró á enterarse de cuanto se le comunicaba de todas las direcciones. Dos indicaciones, ya muy pronunciadas desde el día antes, se pronunciaban todavía más según las apariencias. Por lo que de ellas resultaba, uno de los dos ejércitos del bajo Elba, el de Bernadotte, había vuelto á pasar á la orilla derecha de este río, y por el contrario

el otro, el de Blücher, se había quedado á la orilla izquierda con propensión de remontarse hacia Leipsick por detrás del Mulda. Los movimientos ordenados el día antes, y con especialidad el de Marmont, correspondían á esta indicación á maravilla. Por último, una nueva importante, la de un combate feliz dado por Murat á Vittgenstein el 10 de octubre, era de índole propia á confirmar á Napoleón en su disposición de lanzarse en seguida sobre los ejércitos del Norte y de Silesia. Véase lo que á la parte de Murat había pasado. Habiéndose trasladado con Poniatowski, Lauristón, Víctor y los cuerpos 4.º y 5.º de caballería sobre Frohburgo, consiguió interceptar el camino que por Commatou y Chemnitz lleva á Leipsick, pero no tuvo tiempo de interceptar el que por Carlsbad y Zwickau conduce al mismo punto. Aprovechándose de la vía que así quedaba abierta, pudo Vittgenstein ocupar á Borná, y Murat se halló el 10 de octubre con los austriacos sobre su izquierda en Penig, y con los rusos sobre su derecha en Borná. No queriendo permanecer en posición semejante, y sobre todo no queriendo permitir que la cabeza de las columnas enemigas le tomara sobre Leipsick la delantera, recayó denodadamente sobre su derecha, y atacó á Borná con el mayor empuje. Valerosamente se defendieron los rusos, pero Poniatowski y Lauristón los asaltaron aún con más bizarría, y se apoderaron de Borná á la bayoneta.

Este combate, que costó á Vittgenstein de tres á cuatro mil hombres, nos hizo dueños del camino de Leipsick y volvió á colocar á Murat en su situación natural, la de cubrir á Leipsick contra las dos columnas de Schwartzberg que desembocaban de la Bohemia. A juzgar por las primeras apariencias, se veía á Vittgenstein rechazado de Borná, en retirada, y nuestra caballería creía haberle descubierto en traza de tomar la vuelta de Bohemia. Al escribir, pues, á Napoleón le enviaba Murat á decir que juzgaba al ejército de Bohemia en retirada, y le recomendaba que no descuidase cosa alguna para destruir á los ejércitos de la Silesia y del Norte. Estas noticias tenían la fecha del día 11 á las once y media de la mañana.

Recibiendo Napoleón estos detalles en la madrugada del día 12, tornó á pensar que el ejército de Bohemia no tenía gran prisa de comprometerse; que los coligados mostraban de continuo la misma inclinación á evitarle, y que de consiguiente urgía empezar por echarse encima de los ejércitos de Silesia y del Norte, y perseguirlos más allá del Elba, y remontar inmediatamente este río por la orilla derecha, y sorprender al ejército de Bohemia, pasando de improviso á la orilla izquierda. Napoleón confirmó sus primeras órdenes hasta las diez de la mañana, é hizo sus preparativos para pasar el Mulda á fin de caer sobre Blücher, que se presentaba por nuestra izquierda, y después sobre Bernadotte, que al parecer se mantenía firme á nuestra derecha, á caballo sobre el Elba. Aún aproximó á la guardia imperial á Duben para poderse juntar á Marmont y marchar directamente contra Blücher más allá del Mulda.

Pero á las diez de la mañana mudó de súbito el estado de las cosas. Una segunda carta de Murat, escrita asimismo el día antes, esto es, el 11 de octubre, bien que á las tres de la tarde, comunicaba noticias del todo diferentes. En lugar de ver al enemigo en retirada, se le

había descubierto en plena marcha sobre Leipsick. Prosiguiendo su movimiento por el camino de Chemnitz, continuaba avanzando la columna austriaca hacia Frohburgo y Borná, y después de replegarse un momento la columna de Vittgenstein por el camino de Zwickau hasta Altenburgo, volvió en seguida á emprender su marcha sobre Leipsick atrevidamente. Murat anunciaba que retrocedía sobre este punto, ante todo por no dar batalla con fuerzas muy desproporcionadas, y además por cubrir la importante ciudad de continuo. Se iba á establecer á algunas leguas de Leipsick en una buena posición, esperaba mantenerse en ella con los refuerzos que le estaban aguardando, é instaba á Napoleón á no soltar la presa, si estaba seguro de dar alcance á los ejércitos de Silesia y del Norte, prometiendo por sí dedicarse entretanto á la tarea más ingrata y más peligrosa, la de luchar con un enemigo superior tres ó cuatro veces. En el mismo instante los reconocimientos de Marmont divisaron al ejército de Blücher abandonando las orillas del Mulda por las del Saale, que corre paralelo al Mulda, aunque á mayor distancia, y remontándolo hacia Halle, con marcada tendencia sobre Leipsick.

Al saber Napoleón estas noticias, con la celeridad del hombre eminentísimo en la guerra, cambió sin vacilar todos sus planes. Así abandonó su gran combinación, consistente en correr primero sobre Blücher y Bernadotte, para retornar acto continuo sobre el ejército de Schwartzberg por la orilla derecha del Elba, y decidió trasladarse inmediatamente á Leipsick por el camino más corto. Mientras pudo esperar mantenerse entre las dos masas, procedentes de Bohemia la una y del Elba inferior la otra, con la facultad de lanzarse á su antojo sobre cualquiera de ellas, se debía calificar de hábil y sabio su proyecto de ocupar por medio de Murat á la Bohemia, interin comenzaba personalmente por acometer á la del Elba. Pero ahora que era evidente la tendencia de la una hacia la otra; que no estaba seguro de que Murat pudiese contener muchos días consecutivos al ejército de Bohemia, como tampoco lo estaba de poder dar alcance en persona á los ejércitos de Silesia y del Norte, manteniéndolos separados de Leipsick, la maniobra más urgente consistía en oponerse á la unión general de los tres ejércitos coligados, y en correr á Leipsick á pelear contra el de Bohemia cuanto antes á fin de lograrlo.

No había otro medio de salir de la dificultad, dado que porfiar en lanzarse por Dessau sobre los ejércitos de Silesia y del Norte, cuando no se tenía la certeza de hallarlos juntos, ya que el uno se remontaba al parecer hacia Leipsick y el otro volvía á pasar el Elba; exponerse de este modo á no dar alcance más que á uno, mientras el otro fuera á unirse en Leipsick al ejército de Bohemia, y á que abrumaran á Murat los dos juntos, no era conducta admisible para un capitán como Napoleón, y justo es admirar la prontitud increíble con que pasó en seguida de uno de estos proyectos al otro. Pero su posición era menos buena desde este instante, pues teniendo poco antes la esperanza fundada de batir sucesivamente á los ejércitos enemigos, y quizá de hacerles sufrir una catástrofe, se hallaba amenazado á su turno con la reunión de fuerzas abrumadoras, y su mayor triunfo iba á consistir, no en causar un desastre á sus enemigos, sino en evitarlo. Verdad es que tenía la even-